

## El diablo que leía a Stanislavski

Siempre había deseado ser actor, pero después de tantos cursos de arte dramático, de tantas obras de teatro en salas alternativas a las que solo acudían los amigos, traspasada ya la barrera psicológica de los treinta, Julio contaba por negativas todas las pruebas a las que se había presentado, y en su cabeza había comenzado a germinar la idea de tirar la toalla. Y sin embargo, la realidad es caprichosa, a veces basta con que empecemos a renunciar a nuestros sueños para que empiecen a cumplirse. Después de los trabajos eventuales de camarero, de la desolación de ver noche tras noche las butacas vacías, un día sonó el teléfono, una voz desconocida le dijo que había visto una foto suya, querían hablar con él, al final todo aquello desembocó en una convocatoria para un casting, y poco podía imaginar Julio que detrás de aquella llamada le esperaba el éxito con el que tanto había soñado.

Le enviaron por mail el texto de la prueba. Sus compañeros de piso, un informático costroso, y un actor al que tampoco le sonreía la fortuna, habían salido aquella tarde, y la casa, que tenía las paredes de papel, estaba sorprendentemente silenciosa. En un principio el personaje, un episódico de una nueva serie de televisión, se le antojó excesivamente tópico, aunque le gustó descubrir que era un villano, porque nunca había interpretado ningún papel de malo, el matón de una mafia del este, al que Julio no tardó en imaginar una violenta trayectoria de robos a mano armada y tráfico de mujeres. Y después, al repasar el diálogo, releyéndolo en voz baja para interiorizarlo poco a poco, una imagen emergió repentinamente en su memoria. Julio había visto a un tipo así, una persona real, y recordó a un asesino albano kosovar que había protagonizado dos o tres años atrás los titulares de algún informativo, por asaltar un chalet y torturar sádicamente a sus ocupantes, un matrimonio de mediana edad con dos hijas pequeñas. Aunque no recordaba su nombre, Julio buscó su pista en Internet, y pocos minutos después, en la pantalla del ordenador, apareció ante él la foto de Herkuran Kruma. Estudió su rostro durante largo rato, mientras la noche caía lentamente en el exiguo patio al que comunicaba la ventana de su habitación. El tipo aquel había nacido en una ciudad del este, siempre cubierta por el manto de hollín que depositaba sobre ella el humo de innumerables chimeneas. Tras una infancia marcada por los malos tratos, su

adolescencia había sido una cadena de actos delictivos que le habían llevado a recalar en sucesivos reformatorios, de los que había salido graduado en la escuela del vicio. La motivación principal de su vida era sin duda la venganza, pero no una venganza concreta, contra algo o contra alguien, sino una venganza indiscriminada, una venganza contra el mundo, una venganza que nunca, por mucho mal que hiciera a los demás, podía ser satisfecha.

Julio no se inventaba nada, o si lo hacía, no era consciente de ello, tan sólo se aplicaba en percibir los secretos que le revelaba aquel rostro. Era como jugar a unir una serie de puntos hasta completar el dibujo de algo que hubiera podido ser una cartografía de su espíritu. Al final, sostuvo la mirada de Kruma tanto tiempo que consiguió imprimir a la suya unas dosis similares de maldad. Imitó también su corte de pelo, de influencia claramente militar, y se compró una chaqueta de camuflaje, muy parecida a la que llevaba puesta en la fotografía. Tuvo además cuidado de no afeitarse, para presentarse a la prueba con esa barba de un par de días que daba a Kruma un inequívoco aspecto de sordidez, y añadió a su caracterización un acento del este que a priori pudiera parecer un tanto tópico, pero que dicho con el tono adecuado, una voz ronca que tomó prestada de "El padrino", lograba un efecto de lo más inquietante.

El día del casting, mientras aguardaba su turno en la oficina de la productora, se sentía inusualmente tranquilo. Había estudiado el texto, y trabajado el personaje de manera concienzuda, pero su seguridad no sólo procedía de eso. Era algo más, una intuición extraña, como cuando sabemos que nos enfrentamos a una ocasión decisiva, y algo en nuestro interior nos advierte que no podemos fallar. No pasó mucho tiempo antes de que un ayudante le invitara a pasar a un despacho, donde fue recibido por el director y por Nuria Salgado, que iba a ser una de las protagonistas de la serie, y se había ofrecido gentilmente a darle la réplica. A Julio le gustaba Nuria Salgado, a la que había visto en un par de películas, y el hecho de hacer la prueba con ella quizás hubiera debido ponerle nervioso, pero tampoco fue así. Cuando empezó a actuar sucedió algo extraordinario, sin duda fue el momento con el que sueña todo actor, cuando deja de ser él para convertirse en otro, y en esos momentos Julio desapareció, se convirtió en invisible para que su lugar fuera ocupado por el personaje. Más tarde ni él mismo se sentía capaz de explicarlo, tan sólo alcanzó a decir que había interiorizado tanto al personaje que apenas tuvo que dejarlo fluir. Se movía alrededor de Nuria con la misma mirada de fiera implacable

que había visto en Kruma, cada uno de sus gestos anunciaba un estallido de violencia que le costaba contener, intimidaba a Nuria en una dimensión mucho más profunda que la que sugería el propio texto. Cuando acabaron la escena se sucedió un silencio solemne, como el que a veces se produce en el teatro después de un momento de magia. Nuria miraba a Julio, con el rostro transfigurado todavía por la sorpresa o el miedo, y una lágrima temblando en el fondo de sus ojos. Entonces supo, antes que el director se levantara para estrecharle la mano, lo que ya había intuido en los minutos previos a la prueba, que no había desperdiciado su oportunidad, y que el papel era suyo.

Lo que vino después todos lo saben, un éxito rotundo. El personaje aquel, que en un principio intervenía tan solo en un par de capítulos, subió tanto las audiencias que los productores de la serie decidieron mantenerlo durante toda la temporada, y los guionistas maquinaron nuevas tramas para él, parecía que su imaginación no tenía límites a la hora de inventarle todo tipo de maldades. En un capítulo asesinaba sin piedad a una joven a la que mantenía como rehén. En otro, ejecutaba su venganza contra el policía que años atrás le había metido en la cárcel, acabando con la vida de su mujer y su hijo con una bomba lapa colocada en su coche. Y entretanto, Julio pasó de ser un secundario a convertirse en uno de los imprescindibles del elenco, de un día para otro alcanzó la popularidad más absoluta, la gente le reconocía y le paraba por la calle. No faltaron, incluso, los que confundiendo la frontera que separa al actor del personaje, llegaron a insultarle. Pero no le importó, al fin y al cabo estaba para eso, era el tipo al que todos podían odiar - alguien llegó a definirle en un artículo como un fenómeno sociológico - y además, a Julio le divertía interpretar a Herkuran Kruma, era tan cómodo como calzar unos zapatos viejos, y disfrutaba añadiéndole pequeños matices, refinando su crueldad hasta el extremo de que la audiencia se retorciera de rabia ante sus televisores.

Acostumbrado como estaba al fracaso como único horizonte, el éxito fue para Julio un sueño maravilloso, lo que podría contemplar como el periodo más dulce de su vida. La serie había prorrogado, y antes de que iniciara su segunda temporada Julio consiguió representante - uno de los que se ocupaba de las estrellas - que negoció una mejora sustancial en su contrato. Además, durante toda esa época, había compartido tanto tiempo con Nuria, en las tediosas esperas del rodaje, o en el trayecto en coche que les trasladaba hasta el plató, que ambos empezaron a

sentirse muy cómplices. Un año antes, si alguien le hubiera dicho que podía seducir a Nuria Salgado le hubiera tomado por loco, pero es increíble lo que una racha de buena suerte puede hacer para cambiar a un ser humano, y entonces el viento soplaba a su favor, parecía que la realidad se plegaba misteriosamente a sus deseos, o quizás era que tenía tanta confianza en sí mismo que se sentía capaz de todo. Lo cierto es que una tarde, después de una jornada agotadora, mientras Julio tomaba una copa con los colegas del equipo, Nuria dejó reposar su cabeza sobre su hombro, y propuso en un susurro que fueran a su casa. Fue muy fácil – pero entonces todo parecía tan fácil – mirarse a los ojos con la mutua confianza que habían adquirido durante aquellos meses, abrazarse en la penumbra de la habitación y besarse despacio, despojarse de la ropa como si al mismo tiempo se despojaran también de sus personajes, dejando atrás a la intrépida policía y al perverso Herkuran Kruma, amarse con el hondo placer de descubrirse, y reencontrarse, como cuando compartían una secuencia y jugaban a sorprenderse el uno al otro, como dos bailarines que sincronizan el movimiento de sus cuerpos, o músicos que improvisan sobre una misma melodía.

No tardó en abandonar el piso que compartía con sus desventurados compañeros, para comprarse un chalet en una urbanización de los alrededores de Madrid. Seguramente Julio cedió a un capricho de nuevo rico, pero era tan ingenuo de pensar que la suerte iba a seguir siempre con él, estaba eufórico, y así continuó durante algún tiempo. Le gustaba dejar pasar la tarde en el salón inmenso, sentado junto a Nuria frente a la chimenea, absortos ambos en el fuego. A veces la observaba mientras ella estudiaba los guiones, con la melena caída partiendo en dos su rostro, mordisqueando un bolígrafo con ese aire de adolescente que la había hecho famosa, y entonces se decía que no podía existir mayor momento de plenitud.

Una de las primeras noches en el chalet se despertó bruscamente, sobresaltado por una pesadilla que fue incapaz de retener. La garganta reseca, y la incómoda sospecha de que no iba a serle fácil recuperar el sueño, le condujeron a abandonar el calor del cuerpo de Nuria bajo el edredón y bajar al primer piso. Extender la mano, para palpar la oscuridad en busca del interruptor y no encontrarlo, la mano tanteando la pared con una ridícula impaciencia, el crujido de la escalera de madera bajo sus pies, todo le transmitió la extraña sensación de ser un intruso en la casa. Despacio, con un sigilo absurdo, se deslizó por el pasillo, dominado por algo que le sorprendió reconocer como un presagio de desgracia. Al fin se detuvo junto a

la puerta entornada del salón, y la abrió con cautela. Había llovido obstinadamente durante los últimos días, en el exterior se escuchaban los sonidos intermitentes de una tormenta lejana. Cruzó el salón a oscuras y se aproximó a la cristalera que miraba hacia el jardín. Entonces le vio. Estaba allí, bajo la lluvia, junto al sauce de cuyas hojas chorreaban incesantes hilos de agua, con medio rostro iluminado por la luz que proyectaba una farola. Era Herkuran Kruma, no cabía duda, apenas había cambiado desde la foto que había observado meses atrás, acaso estaba más escuálido, con aquellos ojos fríos, hundidos en el rostro como en las cuencas de una calavera. La sensación de pánico fue tan brutal que durante unos segundos pensó que iba a desmayarse. Luego intentó abrir los ojos, pero ya los tenía abiertos, estaba viviendo un sueño, pero por más que se esforzaba, no podía despertar. Entretanto, Kruma le miraba tranquilamente, consciente del miedo que provocaba en él, con una sonrisa despectiva en los labios. Tenía que reaccionar, salir, preguntarle qué hacía allí, plantarle cara, pero antes de que Julio pudiera mover un músculo, Kruma empezó a retroceder, sin dejar de mirarle, hasta que al fin se dio la vuelta, cruzó el jardín a la carrera, y escaló la tapia que le separaba de la calle con una facilidad pavorosa.

¿Había sido una alucinación? Si hubiera sido así, habría sido sin duda más real que la realidad misma. No, aquello había sucedido de verdad, pero entonces... Con pasos vacilantes se aproximó a la pared, para encender la luz. Los objetos del salón se revelaron ante él con una despiadada falta de sentido. Se dijo que no podía ser casualidad, se preguntó por qué, intentó comprender, en medio del torbellino de pensamientos que se habían desatado en su cabeza, el horror de aquella aparición. Entonces sus ojos tropezaron con el móvil, que había dejado sobre la repisa de la chimenea, y con un par de pasos se abalanzó hacia él y llamó a la policía.

Se presentaron a los pocos minutos. Uno de ellos, el más joven, reconoció a Julio, y confesó ser seguidor de la serie. Tal vez a causa de eso le atendieron mejor, con esa especie de admiración algo infantil que suscitan los que salen en la tele. En un momento de su declaración, cuando mencionó el nombre de Kruma, se miraron el uno al otro, sorprendidos. "¡Ah! ¿Pero conoce al sujeto?". Y Julio explicó que sí; el asesino albano kosovar, el robo de aquel chalet, el irracional ensañamiento con las víctimas, y mientras reunía toda aquella información, ellos tan solo escuchaban y asentían. Entonces Nuria irrumpió en el salón, alarmada por la llegada de la policía, y Julio tuvo que tranquilizarla, habló de alguien que merodeaba por las



inmediaciones, "Supongo que no tiene importancia, pero siempre es mejor asegurarse ¿no?...". Los policías sonreían con discreta amabilidad, Julio pensó que habían entendido que omitía el nombre de Kruma para no inquietar a Nuria, y le seguían el juego. Al final, prometieron dar una vuelta por los alrededores, y Julio les acompañó a la puerta. Antes de despedirse, el más veterano de los dos le citó al día siguiente en comisaría.

El inspector le recibió en un modesto despacho que no se asemejaba nada a las modernas instalaciones en las que trabajaban los policías de su serie. Era un hombre grueso, de ojos saltones, cuya nariz enrojecida delataba una más que probable afición por la bebida. Casi inmediatamente, sin circunloquio alguno, preguntó a Julio cómo podía estar seguro de que el intruso que había entrado en su casa la noche anterior se trataba de Kruma. Tras vacilar unos instantes, porque nunca se lo había contado a nadie, Julio relató al inspector cómo se había inspirado en Kruma para construir su personaje, y resolvió que por esta razón conocía perfectamente su fisonomía. El inspector permaneció en silencio durante unos segundos, sin dejar de observarle, con una actitud que Julio interpretó de clara desconfianza. "¿Por qué no puede ser él?" preguntó, "¿Es que está muerto?". La pregunta salió espontáneamente de su boca, en realidad jamás había pensado en la suerte de Kruma desde que había sido detenido. Tras una nueva pausa, el inspector le informó que hacía casi un año que Kruma se había fugado de la cárcel, y que su paradero era desconocido. Julio hubiera preferido estar equivocado, y ante aquella noticia sintió la angustia penetrando en su interior como la hoja de un cuchillo. "¿Lo ve?", insistió, "Esa es la prueba de que era él". Entonces el inspector replicó que no había prueba alguna, y afirmó que los policías ni siquiera habían encontrado huellas de pisadas en el jardín embarrado. "Sin embargo, yo le vi", afirmó Julio otra vez, exasperado. El inspector rescató un paquete de tabaco del desorden de su mesa y encendió un cigarrillo, con mucha parsimonia. Se diría que procuraba ganar tiempo, como si estuviera meditando una respuesta. Finalmente concedió el envío de un coche patrulla por la zona durante algunas noches, pero Julio siempre sospechó que no le había creído, que había adoptado aquella solución de compromiso para librarse de él.

Regresó a casa dando un paseo, con el ánimo tan sombrío como las nubes que se reunían en el cielo, anunciando otra vez la llegada de la lluvia. Sólo faltaba saber qué pretendía Kruma, y aquella pregunta atormentó durante largo rato sus

pensamientos. Estaba libre, probablemente había visto en la televisión algún capítulo de la serie, y siendo así, sin duda había comprendido que aquel diabólico personaje, que había llegado a ser tan popular, estaba basado en sí mismo. Quizá a partir de ahí, desde un designio indescifrable, Kruma había decidido que ese torpe impostor que jugaba a suplantarle había adquirido con él una deuda imperdonable, que le correspondía ser a él, el único beneficiario de su éxito. Y aquella explicación se le impuso con una aterradora claridad.

Instaló en el chalet un sofisticado sistema de alarma, pero aún así Julio se despertaba a medianoche, alertado por el más mínimo sonido, y esa inquietud le impulsaba a recorrer la casa silenciosa, aquella casa llena de habitaciones desiertas que le daban la atmósfera de una mansión abandonada. Nuria, a la que había preferido no hablarle de Kruma, era incapaz de entender su mal humor, el pertinaz insomnio, esa actitud ausente en la que a veces se abismaba, con la mirada perdida en las tinieblas del jardín. Tampoco pasaron desapercibidas para ella las tensiones que Julio comenzaba a provocar en el rodaje, los malos gestos hacia el equipo, los retrasos, las sucesivas repeticiones que causaba su olvido de los diálogos, esa repentina aversión hacia la serie. Cómo podía contar a Nuria, cómo explicarle, que cuando parecía ausente ante la cristalera del salón, en realidad escudriñaba la oscuridad del exterior, adivinando en cada sombra la silueta de su enemigo. Cómo hacerla comprender que cada mañana en el plató, tras los saludos cómplices y el primer café del día, al iniciar la rutinaria sesión de maquillaje, el rostro de Kruma emergía puntualmente en el espejo, para recordarle que estaba ahí, cualquiera que fuera el agujero donde se había escondido, escrutándole, con la misma intensidad con la que Julio, un año antes, había escrutado su fotografía, con una mueca que parecía anticipar una sonrisa de triunfo.

Era fácil presagiar el final, pero Nuria se obstinaba en convencerse de que esos cambios en el carácter de Julio tan solo se debían al cansancio, la responsabilidad de asumir de repente un papel protagonista, la acumulación de días de rodaje. Sin embargo, en una de esas noches en las que la insistencia de él todavía conseguía persuadirla de quedarse a dormir, estalló entre los dos una estúpida discusión que poco a poco fue subiendo de volumen. No importaba la causa, cualquier pretexto hubiera sido bueno para encender la mecha, para que todas aquellas palabras que Nuria se había esforzado en reprimir brotaran de su boca, encadenando vertiginosamente los reproches. Julio se sintió herido, y

reaccionó con rabia, pero más allá de sus gritos, a Nuria la estremeció reconocer en él la oscura violencia que tanto le había impresionado el día que le conoció, en la prueba en la que había interpretado por primera vez el personaje. Hubo un instante en el que Julio quiso dar marcha atrás, cuando vio el miedo anegándola los ojos, pero fue ya demasiado tarde. Pretendió apaciguarla, con un gesto de disculpa que empezó a dibujar en el aire, pero Nuria le esquivó, y salió precipitadamente del salón, como si huyera de él, hasta alcanzar las escaleras con una mano en la boca, en un intento inútil por sofocar el llanto. Luego vino el portazo desde la habitación de arriba, que dio paso a un silencio insoportable. Se derrumbó en el sofá, bruscamente cansado. Era incapaz de pensar con claridad, se debatía entre la indignación y la impotencia de retenerla a su lado.

En un momento de la noche Julio levantó el rostro, que había sepultado entre las manos, miró a su alrededor, y le invadió de nuevo la extrañeza de saberse ajeno en esa casa. Seguramente no se preguntó por qué, en su mente se había disipado toda duda, era como seguir las acotaciones de un guión, obedecer una llamada tan antigua como la violencia que fluía desde siempre por su sangre. Recorrer ese pasillo y entrar en una habitación vacía, en la que todavía se amontonaban algunas cajas sin abrir, era tan natural como registrar una maleta, con fría determinación, hasta encontrar una vieja chaqueta de camuflaje. Todo respondía a un sentido, como introducirse en la cocina sin encender la luz, o dejar que afloraran esos gestos de Kruma, mientras abría un cajón y sacaba un cuchillo, como algún tiempo atrás había abierto otro cajón y aferrado otro cuchillo, según le transmitía una memoria remota, en un chalet que había asaltado también en una noche de delirio. Cuando salió de la cocina y se detuvo distraídamente ante el espejo del pasillo, la posesión ya se había consumado. Sonreí, al pensar en el sistema de alarma con el que Julio había pretendido protegerse. Pobre tipo. Como si no conociera yo la vía de acceso desde siempre, desde aquel lejano día en el que por vez primera me había adueñado del cuerpo de ese mediocre actor a cambio de concederle el éxito que tanto ambicionaba. Después seguí mi rumbo y subí las escaleras, evitando hacer ruido, y una vez en el piso de arriba me orienté en la oscuridad, empuñando el cuchillo, hasta llegar al final del trayecto, la puerta de la habitación donde Nuria dormía.